
Revista Iberoamericana, Vol. LXXI, Núm. 213, Octubre-Diciembre 2005, 1067-1082

SAN MARTÍN: EL HÉROE EN LA FICCIÓN

POR

ALICIA CHIBÁN

Universidad Nacional de Salta

AVATARES DEL HÉROE: LA HISTORIA Y LA NOVELA

El lugar que se les otorga a las consideradas “grandes figuras” es una cuestión de no poca importancia para caracterizar las distintas concepciones de la vida histórica y de los procesos que la constituyen. Para la hipótesis de Thomas Carlyle, por citar un caso extremo y paradigmático del siglo XIX, la historia deviene de la acción de las grandes personalidades, figuras encumbradas por sobre el común de los hombres, que se yerguen convocantes, como héroes benéficos y guías de las acciones humanas: “En todas las épocas de la historia del mundo hallaremos que los grandes hombres han sido los salvadores indispensables de su tiempo [...] La Historia del Mundo [...] ha sido la Biografía de los Grandes Hombres” (17). Es sabido que, por impulsos de diversas corrientes que renovaron la historiografía a lo largo del siglo XX –como la línea cuantitativa, el estructuralismo, el marxismo o la historia de las mentalidades–, la tendencia predominante de la contemporaneidad ha sido la de desterrar a aquellas figuras solitarias de su sitio de forjadores de la historia o al menos desatenderlas o ponerlas a compartir su grandeza con los sujetos colectivos, las muchedumbres anónimas hasta hace poco ignoradas. Hay que reconocer, sin embargo, que “de vez en cuando asoma su cabeza la teoría de la Historia centrada en el gran hombre, que ofrece una resistencia verdaderamente heroica” (Roux López 31).

En el caso de América Latina esta vigencia de las grandes figuras señeras es particularmente notable –hasta hoy– en el nivel de los imaginarios colectivos, en cuya plasmación inciden la historiografía, las ideologías gobernantes, la pedagogía escolar y las tradiciones populares.

Estos héroes forjados en el siglo XIX, en la epicidad del enfrentamiento con la metrópolis y de los conflictos subsiguientes a la ruptura independentista, fueron propuestos como piedras basales de una identidad colectiva naciente y a la vez –ya es sabido– como medios legitimadores de la clase criolla hegemónica.¹

¹ No se desconoce, por ejemplo, cómo los historiadores de las nuevas naciones contribuyeron a la formación de los imaginarios sociales y a la vez se erigieron en guías de las comunidades emergentes. Germán Colmenares (33) ve en este afán simultáneo de los historiadores de las distintas latitudes y en los contactos que entre ellos mantenían, la conformación de una especie de “república de las letras”: la integraban el argentino Mitre, los chilenos Vicuña Mackenna y Barros Arana, el colombiano Restrepo y el peruano Paz Soldán, entre otros.

Y desde los tiempos posteriores, aun en la actualidad, no se ha dejado de acudir a ellos y al momento fundacional de la independencia ante la necesidad de enraizamiento en un origen prestigiado míticamente con los valores de una edad áurea que se supone deben recuperarse para resolver las crisis del presente y enfrentar las incertidumbres futuras.

También en el campo literario, especialmente en lo que se refiere a la novela histórica, se ha tenido en cuenta la relevancia de la posición que en ella ocupa el héroe sustraído del ámbito historiográfico.

Como un paso previo al abordaje de esta cuestión, conviene deslindar las peculiaridades de las construcciones histórica y literaria de los “héroes”:²

La historia proporciona sus propias figuras heroicas y su propio régimen de constitución de los héroes, generalmente relacionados con las hazañas militares y con los procesos de fundación de las naciones. Pero la literatura dispone, a su vez, un sistema de representación por el cual se define otra forma de heroicidad, en el sentido en que se dice de los personajes principales de una narración literaria que son sus “héroes”. (Kohan, “Los dos órdenes”)

De ello se sigue que la especificidad de la ficción histórica estribaría en la articulación de “dos órdenes distintos de heroicidad”. Ahora bien, el hecho de que el héroe del relato histórico y el del relato literario coincidan o no en una misma figura, puede servir –y de hecho ha servido– para caracterizar tipos y funcionalidades de aquel subgénero.

Recordemos que para Georg Lukács la novela histórica tipificada por Walter Scott se caracteriza por ubicar en su centro no a personajes históricos descolantes –estos quedan desplazados dentro de la composición narrativa– sino a seres “mediocres” y “prosaicos”, correctos pero no propiamente heroicos. Y ello es así porque, en su concepción, el hombre “medio” se considera apto para manifestar la crisis socio-política en la que se halla inmerso y para ser representativo de la totalidad nacional.

Muchas veces se ha señalado –como lo hace Noé Jitrik (17)–, que contrariamente a lo que sucede en el caso de la novela histórica europea –identificada con el modelo lukácsiano– en América Latina llama la atención la persistencia con que personalidades históricas de primer orden ocupan también un lugar prominente en la escena novelística. Baste recordar cómo Cristóbal Colón, Simón Bolívar, Juan Manuel de Rosas o Gaspar Rodríguez de Francia, por citar algunos nombres, protagonizan no solo la vida histórica sino también la literaria, en creaciones memorables.

SAN MARTÍN: EL HÉROE EN LA HISTORIA

Es nuestro propósito detenernos en la figura de San Martín para poner en relación los modos por los que ha perdurado en la historia y se ha insertado en la ficción. Sabemos que,

² El mismo término es utilizado tanto en la historia como en las ficciones literarias, lo cual hace imperiosa su diferenciación. Sin embargo, habría que notar algún punto de coincidencia: en ambos casos (sí, dentro de lo literario, nos atenemos a las narraciones más “clásicas”) se trata de un personaje que supera las condiciones “normales” de existencia. En la novela y en el cuento, esta categoría está fuertemente ligada a la de “acontecimiento” que, en la concepción de Lotman (294-5), implica el transgredir alguna prohibición por parte del héroe-actante, definido básicamente por la no coincidencia con su medio.

juntamente con Simón Bolívar, marca el punto más alto de la consagración heroica en América Latina,³ y que ambos coinciden en cuanto a las proyecciones supranacionales de su vigencia.

En Argentina, es indudable que San Martín preside el panteón nacional: sus acciones gestoras del tiempo fundacional de la independencia, sumadas a actitudes y condiciones morales, fueron puntos de apoyo para que, tempranamente, el discurso de la historia erigiera sobre su figura las imágenes del héroe de la nación, del padre tutelar y aún del santo inmarcesible (véase Kohan “De héroe...”).

Múltiples y complejas son las operaciones e intencionalidades –es sabido– que convergen en la gestación de los procesos heroizantes. De allí que resulte de suma importancia tener en cuenta –como lo han hecho los estudios de Costa y Mozejko– el posicionamiento social y las prácticas de los forjadores del “héroe San Martín” (Mitre, por ejemplo), o las necesidades comunitarias desde las cuales se lo requería, como una “ficción orientadora” (Shumway 13) del vivir en sociedad. Una instancia muy clara de este requerimiento del héroe fue la del arribo de las oleadas inmigratorias a Argentina, en las primeras décadas del siglo xx, lo que demandaba sólidos mecanismos de cohesión y afirmación identitaria. No llama la atención, entonces, que con motivo de la celebración del centenario de la independencia en 1910 la figura de San Martín resultara un medio eficaz “para definir la argentinidad y otorgarle esa facultad de absorción cultural que la inmigración masiva está requiriendo” (Kohan, “De héroe...” 81).

Y, como decíamos, hoy la imagen sanmartiniana sigue vigente como paradigma sostenido tanto en la cotidianeidad de las estatuas, retratos, nombres de calles y ciudades, efigies de billetes y monedas, como en la operatividad de una liturgia cívica, con tiempos y espacios propios, mítica y ritualmente conformados.

Resulta así que, de diversas maneras, San Martín ha sido consagrado en el imaginario argentino, con las características definitorias del héroe en tanto simboliza la identidad tal como se ha venido gestando desde el pasado; encarna el deber ser de esa identidad en las proyecciones futuras y se erige como representativo de la totalidad del cuerpo social, subsumiendo en sí un potencial significativo capaz de superar los intereses sectoriales (Costa y Mozejko). De allí que la imagen sanmartiniana sirva de bandera –hoy lo podemos comprobar fácilmente– a las más antagónicas ideologías políticas, que van desde una derecha nacionalista hasta una izquierda de miras continentales.

SAN MARTÍN: EL HÉROE EN LA FICCIÓN

Trazado el marco de los imaginarios social e histórico, ya podemos preguntarnos cómo ha operado la imaginación literaria en el ámbito argentino y aún en otros países latinoamericanos, sobre la figura sanmartiniana. El papel protagónico que la historia le ha asignado, ¿coincide o no con el lugar que pasa a ocupar en las ficciones?

Antes de buscar la respuesta, se impone una breve consideración: una línea muy fuerte dentro de la narrativa de base histórica es la que de algún modo se relaciona con la demanda o la confirmación de principios identitarios. Es esta disposición la que hace

³ El notable grado de desarrollo del culto a Bolívar en la región de lo que fuera la Gran Colombia ha sido suficientemente estudiado en investigaciones como las de Carrera Damas y Salas de Lecuna.

variar las perspectivas con respecto a los diferentes segmentos de la historia que en esos textos emergen. Así, por ejemplo, “las recuperaciones prehispánicas suelen darse en un contexto de reivindicación cultural del pasado que la conquista y la colonia intentó borrar” (Rovira) mientras que las acciones de los conquistadores fácilmente concitan la denostación.

Y cuando el período de la independencia es el “archivo” al cual acuden las ficciones, las más variadas retóricas concurren, por lo general, no tanto a disminuir –si bien intermitentemente se apela a la necesidad de “bajar del bronce” a los héroes–, como a complejizar o refrendar el prestigio casi mítico con el cual ese tiempo fundante ha perdurado en la memoria social.

En el caso puntual de San Martín, adelantemos que la estrategia más frecuentemente empleada para trabajar su figura es la del descentramiento, por cuanto las más de las veces el foco principal de la narración recae sobre otros personajes. Sin embargo, desplazar al héroe histórico, en estos casos, no implica la desmitificación irreverente ni la negación de sus potencialidades. Ese “des-centramiento ficcional” se explica (a la luz del planteo, ya señalado, de Kohan) por el modo como operan, simultánea y paralelamente, los “dos órdenes de heroicidad”: se elige como “héroe” protagónico de la escena novelística a un personaje histórico secundario o a uno ficticio, mientras que la figura de San Martín, desplazada en la ficción, no llega a desprenderse de los firmes atributos heroicos que la historia le ha concedido. Funciona, pues, oblicuamente, como lo adquirido y consolidado en la memoria histórica y desde allí –sin necesidad de instalarse como héroe literario– irradia sentidos con los que debe contar la ficción.⁴

Efectuaremos un breve recorrido por algunas ficciones narrativas con la intención de captar las modalidades y los efectos de lo que acabamos de reconocer como el “descentramiento del héroe histórico”.

EL SIGLO XIX: LA NOVELA HISTÓRICA Y LA TRADICIÓN

Vicente Fidel López y la novela histórica

En el primer texto que abordaremos el desplazamiento de la figura sanmartiniana a un segundo plano responde sin duda al canon de la novela histórica del siglo XIX, inserta en un romanticismo que no rehúsa los códigos realistas de la representación.

Se trata de la novela de Vicente Fidel López *La loca de la guardia*, publicada en 1896. Su circulación estuvo siempre opacada por el mejor destino que le cupo a *La novia del hereje* –del mismo autor–⁵ y, en general, fue ignorada por la crítica.⁶

⁴ Una constatación coincidente es la efectuada por Norah Giraldo, con respecto a *Ismael* de Acevedo Díaz: “[...] podemos preguntarnos si este realismo literario no se vale, justamente, de la fuerza de sugestión política que tiene la imagen *en biais*, la carga ideológica que se propaga con esta construcción metonímica de la figura del personaje Artigas” (393).

⁵ Publicada primeramente como folletín, su versión definitiva data de 1870.

⁶ Mucho menos se conoce o cita *Una patriota exaltada*, continuación de la novela que nos ocupa y cuyo final, en la edición que manejamos, la anuncia. Dentro de la escasa atención prestada a *La loca de la guardia* hay lugar, sin embargo, para el desacuerdo valorativo: para Pedro Luis Barcia,

Resulta interesante –y casi imprescindible– relacionar el quehacer literario de López con su modo de historiar y aun con sus teorizaciones acerca de la novela histórica, tantas veces citadas. No hay que olvidar que, desde su confianza en la accesibilidad a las verdades del pasado, concibe como muy cercanas sus tareas de historiador y de novelista.

Dentro del debate instalado acerca de las posibilidades de existencia de la novela histórica, por cuanto pugnan en ella “información y creación” (José María Heredia 33) o requiere del escritor “cualidades de poeta, de filósofo y de anticuario” (Domingo del Monte 31-32), Vicente Fidel López ingresa con una postura desproblematicadora, apostando a la legitimidad de la conjunción entre lo histórico y lo ficcional. Para él, el estudio profundo de la materia del pasado incide en una construcción novelística que se propone como re-construcción regida por los principios de verdad o de verosimilitud. De allí que presente un narrador preocupado por la constante verificación y autenticación de su decir (a través de las notas a pie de página, propias del canon de la novela histórica tradicional). Pero al mismo tiempo se aproxima al quehacer más específicamente literario, interesándose por el mundo pasional de los personajes y por suscitar el interés en el lector.⁷

Sin embargo, aun contando con la cercanía entre historia y novela, López reserva un espacio privativo para esta, según lo expresa en la “Carta-prólogo” a *La novia del hereje*: a la ficción le cabe reponer “la parte perdida de la historia”, la vida familiar, lo opuesto a “las grandes peripecias”, mediante la imaginación, a la que se legitima como instrumento del conocer.

Si nos centramos en *La loca de la guardia*, encontraremos fácilmente una puesta en práctica de esta teorización: sobre el trasfondo de la “gran historia” (27), viven las acciones y las pasiones individuales, conformadas desde el código realista aunque este no rehúsa ser invadido, en un sector del texto, por una fuerte carga simbólica. Alrededor del personaje central, signado por la locura, se dispone un sistema de símbolos –sobre todo acuñados en el mundo animal– cuya polaridad elemental (la oposición entre “cóndores” y “lagartos”) delinea, fiel al maniqueísmo romántico, un orden moral desde el que se quiere representar a la patria. Y esto tiene que ver con la función cívica asignada a la novela histórica en este período: la de crear y consolidar una conciencia nacional en pueblos que estaban inaugurando una nueva etapa de la vida social y política.

Ahora bien, si pensamos en la preferencia de López –en esto opuesto a Mitre– por los sujetos históricos colectivos y en su intención de rescatar novelísticamente la “pequeña historia”, no sorprende que al ficcionalizar un tramo del cruce de los Andes solo en muy pocas páginas admita a San Martín en el primer plano.

El tiempo central está fechado en 1817, cuando el ejército libertador se dirigió a Chile y obtuvo el triunfo de Chacabuco. En la linealidad de esa peripecia entran en escena actores reconocibles: O’Higgins, Las Heras, Soler, Necochea, pero es el personaje ficticio de la

la novela “se muestra lenta y carente de atracción” (323) mientras que Adolfo Bioy Casares elogió por igual los dos textos de López, como “libros eminentemente novelescos [...] que se leen con agrado y que en el recuerdo se añoran” (13).

⁷ Para una profundización de las peculiaridades del discurso histórico de Vicente Fidel López resulta de sumo interés Costa y Mozejko, en especial los capítulos “Poder hacer(se) historia” (63) y “Los Güemes de la historia, o modos de hacer historia” (89).

loca –ambiguo por cuanto dentro de su extravío, orienta al ejército libertador– el que protagoniza la historia “menuda” urdida por la ficción.

No caben dudas acerca de la presencia “virtual” del jefe del ejército en casi la totalidad de la novela. Pero su figura se inserta, de manera fugaz, en una escena que, metonímicamente, da pruebas de las capacidades conciliadoras y cohesionadoras propias del héroe, entrañadas en la conducta de San Martín: una vez ganada la batalla de Chacabuco, aparece actuando como mediador en los conflictos personales, “menores” (los más apropiados para la novela, según López) que enemistaban a Soler y O’Higgins.⁸

Aun sin ser protagonista, entonces, San Martín nada pierde de la grandeza ya atesorada en la historia. Y ella se confirma en una referencia mínima pero de gran vigor por pertenecer al sistema simbólico que, según vimos, la novela ha ido construyendo: la loca lo llama “cóndor viejo” y lo corona con plumas (104).

En síntesis, en *La loca de la guardia*, el des-centramiento sanmartiniano –que de ningún modo implica degradación– debe entenderse a la luz del canon en el que se inserta, y relacionarse con las concepciones de Vicente Fidel López acerca del ejercicio de la historia y de la novela.

Las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma

Dentro del mismo siglo XIX, pero en otro espacio del desempeño libertario sanmartiniano, las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma resultan un caso muy particular para nuestras indagaciones. Palma responde a las inquietudes del proceso de emergencia de las nuevas repúblicas con un proyecto nacionalizador que su producción literaria construye de manera sumamente novedosa.

Es así que, en más de un sentido, la fuerte originalidad de su escritura desafía cualquier sometimiento canónico: ni al tardío romanticismo del Perú en el que emerge, ni a un género preexistente, ni –en lo que nos interesa ahora– a una forma única y definida de textualizar el pasado. Escribir las *Tradiciones* constituyó un acto fundador, creador de un género novedoso, en el que “la gran historia” se niveló con la anécdota menuda y aun con la invención.

En cuanto a lo que nos interesa, el desplazamiento de los personajes heroicos está firmemente condicionado por el modelo de las tradiciones. En primer lugar, en ellas Palma demuestra muy escaso interés por las figuras épicas y, más aún, por el tiempo de la independencia. Se ha debatido largamente acerca de su rescate casi eufórico de la colonia limeña, que pudo entenderse como una propuesta conservadora, cuando no retrógrada o pasatista. Sin embargo, como bien lo viera Antonio Cornejo Polar, también es posible descubrir en las “tradiciones” un movimiento tendiente a la “nacionalización de la herencia colonial”:

⁸ A la luz de la historiografía de López podemos entender que la línea del sentido de este episodio se proyecte hacia ese plano trascendente de las virtudes heroicas que hemos señalado, y no hacia la instancia más concreta de las pugnas internas del país. Sabemos que, justamente, López “condena la opción de San Martín, quien se dedica a luchas que le dan mayor prestigio, abandonando los problemas internos que ponen en peligro a la nación” (Costa y Mozejko 97).

Y no se trata en modo alguno de un gesto exotista, convocador de extrañezas y lejanías, sino del reconocimiento –sesgado por la poética en uso– de un hecho macizo: la tenaz persistencia colonial en el tejido más hondo de la vida republicana y –por consiguiente– del lazo que une ambas etapas como segmentos de un solo proceso. (*La formación* 50-1)

En la profusión de las *Tradiciones* –diez volúmenes publicados entre 1872 y 1910– espigamos un exiguo corpus (no llegan a diez) formado por aquellas que dan cabida al “personaje” San Martín, sin contar con otras que lo aluden muy fugazmente.

Habida cuenta del extendido período productivo de Palma, importa constatar que muchas de las *Tradiciones* se escriben cuando ya están operando los mecanismos de la consagración heroica sanmartiniana, en la historiografía y a través de efemérides y monumentos. Y Palma mismo confesó, en más de una oportunidad, su adhesión al héroe argentino, lo que puso de manifiesto en su apasionada refutación de las calumnias al Libertador que el jesuita Ricardo Cappa incluía en un texto de historia peruana; así también leyó su poema “Presente, mi general”, en ocasión de inaugurarse el monumento a San Martín en Lima.

Sin embargo, las *Tradiciones* a las que nos hemos referido rehúsan mostrar a San Martín en su faz heroica, actuante en la “gran historia”. Esta queda mínimamente aludida, opacada por personajes o episodios históricos marginales o por cuestiones de otra índole, según veremos.

Palma está muy lejos de centrar sostenidamente a San Martín, en gran medida por la naturaleza digresiva y fragmentaria de las tradiciones más “clásicas”, que divagan por tiempos y acontecimientos variados, a la manera de mosaicos yuxtapuestos antes que de un friso compacto. Pero también se da la oblicuidad de la presentación sanmartiniana –al igual que la de Bolívar– por una vía hoy bastante difundida: a través de la construcción del relato alrededor de las mujeres del héroe. Rosa Campusano cuenta con su propia tradición, además de compartir otra con Manuela Sáenz. En la intención contrastiva de las “favoritas” de las dos altas figuras de América, sale sin duda gananciosa la de San Martín, a la luz de los criterios de Palma y de su época. La tradición concluye: “La Campusano fue la mujer-mujer./La Sáenz fue la mujer-hombre” (IV, 199).

Mayor originalidad presentan otros medios por los cuales Palma lleva a cabo el descentramiento literario del San Martín histórico. Dos tradiciones que aparentemente este protagoniza –“Con días y ollas venceremos” y “Pico con pico y ala con ala”– de ningún modo están relacionadas con la gran gesta ni con la heroicidad del personaje, si bien no negamos que una lectura metafórica pueda hallar marcas que las aludan (por ejemplo, en la presentación de un San Martín inmerso en rencillas familiares, “imperturbable en el propósito de esquivar la guerra civil en el hogar” [IV, 395], o en la mínima anécdota que lo muestra como hábil estratega, tramando el ardid de pasar información clandestina oculta en ollas de barro). Lo que nos interesa señalar es que en estos dos casos se impone la veta del Palma no inclinado hacia la historia sino hacia la filología. Sabemos de su pasión por lo lingüístico, por la pesquisa etimológica, el acopio de peruanismos y aun de su propuesta de legitimación de estos por parte de la Real Academia Española –en fin, lo que Cornejo Polar llamó su “política del idioma” (*Escribir* 111). Pues bien, en las tradiciones

señaladas, lo que persigue Palma es develar el origen de dichos y refranes que corren por el pueblo. Detrás de esas expresiones se oculta una anécdota, un relato, una porción de vida. Y en los dos textos, San Martín aparece como el “inventor”, el origen de decires ya difundidos en el habla limeña: “Con días y olla venceremos” proviene –según Palma recoge de la tradición oral– de la ya mencionada estrategia sanmartiniana de utilizar el acarreo de ollas “informativas”, que le permitieran “apoderarse de Lima sin quemar pólvora”.

El otro dicho provendría de la reprimenda ingeniosa por la que San Martín, pacifista también en el micromundo hogareño, se habría impuesto a las pretensiones de dominio de su cuñado, diciéndole: “¡Alto ahí, señor Escalada! Pico con pico y ala con ala... Yo no me casé con usted sino con su hermana”. Y concluye la tradición: “Santo remedio. Desde ese día el cuñado no volvió a gerundiar a San Martín, y la frase fue tan afortunada que se tornó refrán” (IV, 396). Por supuesto que resulta significativo y enaltecedor para este San Martín familiar y cercano que, lejos del ámbito guerrero, se lo “consagre” como un punto fundante, de origen, esta vez del habla popular. Constatamos así, también en Palma, un descentramiento literario que no contraviene los valores del “mito San Martín”.

LA NARRATIVA DEL SIGLO XX

En el siglo xx, cuentos y novelas aportan nuevas modalidades y efectos de sentido a esta ubicación no central pero tampoco degradada de la figura sanmartiniana que hemos venido señalando como una constante literaria. En el intento de acotar nuestro planteo, señalaremos cinco direcciones principales: el descentramiento glorificante, la eficacia episódica, la heroicidad compartida, el rodeo por la subalternidad y el interés metahistórico.

Un cuento de Manuel Mujica Láinez

Ejemplifica el primer caso –el descentramiento glorificante–, el cuento “Un granadero-1850”, incluido en *Misteriosa Buenos Aires* (1951), de Manuel Mujica Láinez.⁹

Y podemos acercarnos a él a través de Borges que, en *La moneda de hierro* dice a su amigo Manuel:

Tu versión de la patria, con sus fastos y brillos,
entra en mi vaga sombra como si entrara el día
y la oda se burla de la Oda.(La mía
no es más que una nostalgia de ignorantes cuchillos
y de viejo coraje.) (“A Manuel Mujica Láinez” 27)

Pues bien, en el cuento, esos “fastos y brillos” de Mujica aparecen relegados a un pasado perdido y contrastado con un presente de miseria y decadencia. Estos dos tiempos históricos, el glorioso de la épica sanmartiniana y el del gobierno de Rosas, ese 1850

⁹ Recordemos que fue cultor tanto de la novela histórica sólidamente documentada, tal es el caso de *Bomarzo* (1962), como de la que se permite el libre juego imaginativo: *De milagros y de melancolías* (1968).

denostado en la valorización del texto, se encarnan en un solo personaje protagonista, un ser redundantemente marginal: se presenta como un granadero, no el jefe y, más aun, un ex granadero cuyo físico lo delata como un despojo de las guerras; además, es un indio provinciano, a quien la gran ciudad ha condenado a la miseria. Y desde este primer plano narrativo, la glorificación de un San Martín ausente como personaje se potencia al manifestarse como una descarga pasional. Cuando, ante la indiferencia de la ciudad rosista, el indio Tamay recibe la noticia de la muerte del General, exclama: “Pero, ¡cómo! ¿San Martín ha muerto en la Francia y nadie, nadie, nadie se apresura a embanderar la ciudad con enlutados pendones; nadie echa a vuelo las fúnebres campanas; nada dicen los periódicos y boletines del Señor Juan Manuel; nadie llora?” (278) o piensa: “en la Argentina no hubo hombre más grande” (276).

Todavía un giro propio de lo fantástico viene a enfatizar aun más esta consagración sanmartiniana. Se trata de la aparición de un personaje mitológico, el mismo dios Marte, que es quien da la noticia de la muerte de San Martín, asociándolo así al Olimpo clásico, recurso nada infrecuente en los discursos mitificadores.¹⁰

La campaña de Carlos Fuentes

Para plantear lo que hemos denominado “la eficacia episódica” de San Martín en la ficción, nos referiremos a una novela de 1990 *La campaña*, del mexicano Carlos Fuentes. Su escritura, al tematizar el tiempo de la independencia, se acoge a una de las direcciones que ha tomado la última narrativa: la de proponer un pasado documentado a través del filtro o más bien –por usar un tópico recurrente en la novela– de los espejos fieles o deformantes, pero siempre densos de sentidos, de la ficción.¹¹

En este caso Fuentes, sin modificar muchos datos puntuales del saber histórico, procede entrecruzándolos con la pura invención. Y reserva especialmente un capítulo, titulado “El ejército de los Andes”, para concentrar el segmento de mayor referencialidad histórica, por el cual la figura de San Martín se incrusta episódicamente en la peripecia casi bizantina del héroe literario, Baltasar Bustos. Esta se inicia en Buenos Aires, en vísperas del 25 de mayo de 1810, y allí termina, después de participar Bustos en las luchas independentistas por tierras de Perú, Chile, Venezuela y México, en un afán totalizador ya ensayado otras veces por el novelista mexicano.

¹⁰ Es, por supuesto, un procedimiento infaltable en la retórica neoclásica, dentro de la cual se gestó la poesía patriótica en tiempos de la independencia. El cuento alude, con un dejo irónico, a la recopilación más representativa de estos poemas en Argentina: “¿Cómo le iba a reconocer (al dios Marte) el indio Tamay, antiguo granadero y actual vendedor de la Recova, si tampoco le hubieran reconocido los informados poetas de ‘La Lira Argentina’, que con cualquier razón le estaban invocando y solicitando para que se ocupara de nuestros intereses, o metiéndole en sus versos como si se le pudiera traer y llevar?” (277).

¹¹ Joseph Turner (“The kinds of historical fiction: an essay in definition and methodology”), distingue, a los efectos de proponer una tipología de las novelas históricas, las que recrean un pasado documentado, las que ofrecen un pasado documentado a través de la ficción y las que inventan el pasado (Citado por Fernando Moreno 147).

Baltasar Bustos es el héroe ambiguo de una búsqueda dispersa: se enrola en la revolución pero también va detrás de Ofelia Salamanca, quiere encontrar a un niño y busca el perdón.

El registro de su presentación dista mucho del tratamiento épico. Es un héroe sin coherencia en su trayectoria pues si bien por momentos cumple un verdadero camino iniciático, otras veces su identidad imprecisa suscita el comentario burlón:

[E]n qué campaña andaría el tal, el tal...?
 –Bustos, Baltasar Bustos
 –Ah, padre Ríos: sobre Bustos no hay nada escrito [...]
 –Y a cada Baltasar le llega su festín. (140)

Y además se parodia su proceso heroizante: él mismo va constatando el ingreso de sus peripecias en el imaginario del pueblo que lo plasma en sus creaciones musicales, diferenciadas en coplas, vialitas, cumbias y corridos, según las variadas latitudes, y como irónica réplica Baltasar va repitiendo al oír cada tonada: “¡Vaya héroe!” (184)

Muy por el contrario, cuando del Libertador se trata, su figura, a pesar de su presencia episódica, ingresa en el texto con toda la carga de consagración que la historia le asignara. Sin duda es un personaje firmemente construido por códigos que abarcan desde lo físico, la voz y la gestualidad hasta el orden de lo moral. Y su magnificación imbrica, intertextualizándolos, tanto el decir y las concepciones sanmartinianas documentadas como los tópicos más clásicos de la heroización (el estoicismo, la ejemplaridad o la analogía con los grandes hombres de la historia).

El contacto entre estos dos personajes tan dispares se produce dentro del mismo capítulo, cuando el héroe literario Baltasar Bustos se encara, dialoga e interactúa con el prócer de la historia: “Era un terceto orgulloso de amigos mirándole la cara a un héroe, preguntándole en qué punto el destino personal de cada uno –Echagüe, Arias, Bustos– modificaba o era modificado por el destino de los hechos, la guerra y los otros hombres –San Martín” (171).

Y es en este punto donde se manifiesta la eficacia, la incidencia del héroe histórico aún en su reducida presencia novelística. Haciéndonos eco de la lectura propuesta por Martín Kohan (“Los dos órdenes”), reconocemos que el desplazamiento de San Martín no sólo retiene su heroísmo sino que le otorga una funcionalidad consistente en anular las oscilaciones y ambigüedades del protagonista:

San Martín y Baltasar Bustos se encuentran en Mendoza, y San Martín le aclara todos sus conflictos ideológicos. [...] lo reconoce y le da un lugar superior en la fijeza institucional del escalafón militar [...] aclara las ideas de Baltasar Bustos y consolida su posición institucional. Hacia el final del relato, cuando Baltasar Bustos llega ya a México, lo hace con un documento falso que le da la identidad supuesta de un oficial español. De la ambigüedad de ese disfraz [...] sólo puede salir mediante la invocación de San Martín [...] Del disfraz a la identidad, o de la ambigüedad a la certeza, o de la identidad falsa y dudosa a la identidad verdadera y garantizada, se pasa a través de la invocación que Baltasar Bustos puede hacer de José de San Martín, en base al momento en que ambos se encontraron y estuvieron juntos. (Kohan, “Los dos órdenes”)

También hay que advertir, en cuanto a la incidencia novelística del héroe histórico que –al igual que los otros mentores diseminados en el camino de Baltasar, pero desde una estatura superior– impulsa la tensión hacia un futuro que nos involucra como lectores de otro siglo. En efecto, San Martín, desde su grandeza, profetiza nuestro presente como un tramo degradado de la historia y por este recurso, la novela se postula como un *réquiem* para los tiempos heroicos:

Era esto, quizá, lo que en su ánimo más secreto se guardaba José de San Martín: la visión de un mundo sin héroes, en el que los hombres como él, que era un héroe grande [...], ya no fuesen posibles, porque ya no habría batallas con sables, encuentros cuerpo a cuerpo y códigos de honor, sino muertes fratricidas, batallas ganadas contra los hermanos, no contra los enemigos, guerras previsibles, programadas, en las que la muerte sería decidida y otorgada a la distancia... Guerras sucias en las que las víctimas serían los débiles. (180)

Las ficciones históricas de Martín Kohan

Hemos mencionado, además de lo ya visto, otros tres estatutos del desplazamiento del protagonismo sanmartiniano: la heroicidad compartida, el rodeo por la subalternidad y el interés metahistórico. Podemos dar cuenta de ellos en las ficciones de un solo autor: me refiero a los cuentos “Muero contento” y “El Libertador”, y a la novela *El informe. San Martín y el otro cruce de los Andes*, de Martín Kohan.

El primero ficcionaliza lo que hemos llamado “la heroicidad compartida” y responde a un episodio histórico: en el combate de San Lorenzo, en 1813, San Martín, al caer aprisionado por su caballo, es salvado por Cabral, uno de sus soldados que en ese acto pierde la vida. En sus investigaciones históricas, Kohan¹² ha demostrado cómo los discursos de la consagración sanmartiniana, contrariamente a lo que supone una visión reduccionista, no postulan una figura inalterablemente virtuosa y enaltecida: por el contrario, ellos incorporan defectos o debilidades como caídas transitorias de las que el héroe sale rehabilitado y victorioso. Queda claro que se trata, por lo general, de “caídas” metafóricas, que pueden referirse tanto a lo moral como a lo temperamental o a lo corpóreo. Pero en la circunstancia del combate de San Lorenzo, el tópico de la “caída del héroe” asume el más absoluto sentido literal. Y su otra nota destacable es señalada por el mismo Kohan: “se trata de una caída que, a falta de una, funda dos heroicidades: la de San Martín (el héroe que se arriesga, arriesgando su vida, y que cuando se levanta es más héroe de lo que era antes de caer) y la del Sargento Cabral”. Efectivamente, aún siendo tan poderosa la imagen sanmartiniana ya consagrada, este episodio, por su intensidad, ha impregnado fuertemente la memoria colectiva glorificando paralelamente a Cabral, sobre todo a través de los textos escolares y de la “Marcha de San Lorenzo”,¹³ cuyas estrofas se cantan,

¹² Nos referimos especialmente a “La humanización de San Martín: notas sobre un malentendido”, incluido en el presente volumen.

¹³ Su letra pertenece a Carlos Javier Benielli y la música a Cayetano Alberto Silva. Habría que mencionar también la plasmación pictórica del episodio de San Lorenzo. Un ejemplo sería el óleo de Julio Fernández Villanueva, muchas veces reproducido en textos escolares y de difusión.

persistentemente, en actos escolares y ceremonias conmemorativas de la nacionalidad argentina.

En realidad, el principal efecto del cuento consiste en desestabilizar uno de los más arraigados factores heroizantes, la frase que el soldado habría emitido antes de su inmolación altruísta: “Muero contento. Hemos batido al enemigo”. Los fueros de la ficción instauran la ambigüedad y, por una operación irónica, cuestionan no las palabras conservadas por la historia sino la sinceridad con que habrían sido dichas:

Cabral alcanza a pensar, mientras se muere, que nunca jamás en la historia existió hombre que sintiera más *tristeza* que él en ese momento. Pero decirlo le da vergüenza [...] Siente una *tristeza incommensurable*. Pero, cuando se lo preguntan, no lo dice [...] (120, énfasis mío)

Por otra parte, nos interesa notar que, sobre un episodio provisto por la historia, el cuento enfatiza la confusión y el intercambio de las jerarquías, lo que puede leerse también, metafóricamente, como una disputa por la centralidad histórica, centralidad que en esta instancia, sin duda, corresponde a Cabral aunque la imagen del jefe salvado no llegue a cancelar su irradiación heroica.

Emerge en este texto, como vemos, la cuestión de la subalternidad, de no poca importancia en la lógica de las construcciones heroicas por cuanto a través de las figuras subalternas se emblematizan las pasiones y actitudes –admiración e imitación– que el héroe debe concitar en una comunidad.¹⁴

Ahora bien, esta cuestión está relacionada, asimismo, con otra estrategia ficcional descentradora de San Martín, a la que hemos llamado “el rodeo por la subalternidad”. Este se cumple cabalmente en “El Libertador”, título que burla la expectativa lectora puesto que los verdaderos protagonistas son figuras laterales: las mujeres tomadas de la vida familiar de San Martín, o socialmente marginales como el criado, personaje motor de la ficción.

La estructura se asienta en tres desembarcos “reales” del Libertador en el Río de la Plata, pero la ficción se interesa en las llegadas –y las perspectivas– de su esposa, su hija y su nieta. Ello implica que el cuento tiene como trasfondo lo sabido del pasado pero en él sobreimprime otra historia y otros sentidos: montado sobre un eje ficcional (las relaciones entre el criado y las damas) que funciona como lo secreto, lo no permitido en una sociedad clasista, todo su recorrido argumental se dirige a construir una situación irónica (el personaje más íntimamente ligado a las figuras encumbradas es el más ausente e ignorado) para, desde ella, enjuiciar a una sociedad asentada en la exclusión y en los ocultamientos.

¹⁴ Sabemos que el héroe se propone como modelo imitable, por sus rasgos de perfección. Como bien lo han demostrado Costa y Mozejko en el caso de la imagen sanmartiniana forjada por Mitre (y en gran medida vigente hasta la actualidad), esos rasgos están presentados en términos de “deber ser”. San Martín actuó aceptando el mandato de un orden natural incuestionable y en eso consistió su cumplimiento del deber, su perfección imitable. Pero “para el receptor común, el ser lo que debe ser se traduce en subordinación a quien dirige”. En consecuencia: “No resulta indiferente que la tradición haya consagrado, y propuesto para su imitación, figuras subalternas al héroe: Cabral en la ‘Marcha de San Lorenzo’ [...]; también la figura de las damas mendocinas” (Costa y Mozejko 86).

Pero aunque comprobamos que el orden de lo ficticio se impone por sobre la historia, y que lo marginado desplaza a lo central, indudablemente el relato cuenta con la imagen ya constituida del héroe descollante. El mismo Kohan reconoce que trabaja “sobre el imaginario del esplendor” que, con respecto a San Martín, “funciona como capital simbólico ya acumulado”¹⁵ que la ficción aprovecha y no desmiente.

La última estrategia que consideraremos tiene que ver con la tendencia, reiterada en muchas de las recientes novelas de base histórica, a acompañar la reescritura del pasado con las referencias al quehacer historiográfico.¹⁶

La novela de Kohan, *El informe. San Martín y el otro cruce de los Andes* se ubica dentro de este elenco de “ficciones metahistóricas”, como las ha llamado Carlos Pacheco.¹⁷ En ella, si bien el lector accede a algunas referencias a la gesta independentista de San Martín, advierte que, además, cobran protagonismo problemáticas relativas al saber y al discurso histórico. Esta línea de sentido parte de la situación comunicativa central del relato, la que se establece entre el historiador Vicenzi y su “informante” Alfano, encargado de recabar y enviarle los datos documentales.

Allí no solo el historiar mismo se plantea como una “gesta”, en su difícil trance de partir de sucesos distantes y desaparecidos para reordenarlos y re-significarlos en un discurso más o menos confiable sino que el intercambio/enfrentamiento de Alfano y Vicenzi puede leerse también como un “combate” solapado, que remite a las constantes discusiones acerca de cómo escribir la historia.

No son pocos los indicios que autorizan la lectura de esta confrontación a la luz del prolongado debate entablado, desde 1881, entre los historiadores argentinos Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, quien sentara las bases de la historiografía sanmartiniana.¹⁸ Tanto en esta contienda como en la ficcional se contraponen la defensa de la apoyatura documental y el privilegio de los testimonios orales; la búsqueda de la “objetividad” y la emisión de un discurso apasionado; la centración en la biografía de los grandes héroes y el interés por los sujetos colectivos o por las “historias menores”.

La ficción confronta entonces, como decíamos, dos concepciones de la historiografía y, por ser ambas extremas, se ven igualmente ironizadas en el contexto novelístico. Valga como ejemplo el tratamiento que en los informes de Alfano merece la figura sanmartiniana: a cada mención del héroe se adjuntan construcciones adjetivas mitificadoras –extremando la frecuencia y parodiando este recurso caro a la epopeya, hasta lograr el efecto humorístico que cuestiona los desafueros de la solemnidad: “nuestro supremo Libertador,

¹⁵ Conversaciones con el autor.

¹⁶ Podría elaborarse una extensa lista de novelas abiertas a una lectura “en clave metahistórica”, con textos de Carpentier, Roa Bastos, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Andrés Rivera, Tomás Eloy Martínez y Ricardo Piglia, entre muchos otros.

¹⁷ Pacheco estudia con especial atención aquellas novelas que incluyen entre sus personajes a un historiador o un “rememorador”, como estrategia problematizadora de la práctica historiográfica. El texto de Kohan viene a confirmar la persistencia –desde los años ochenta– de esta modalidad e intencionalidad novelísticas, que coinciden con replanteos y cuestionamientos surgidos dentro del propio campo de la historiografía.

¹⁸ En otra oportunidad hemos desarrollado esta propuesta de lectura (véase Chibán).

pura fue su alma como blanco fue su corcel” (32); “nuestro perpetuo Libertador, recta fue su conducta si bien corvo su sable” (40); “nuestro policlimático Libertador, que a nada temía” (71).

Esta parodia de los discursos “nacionalistas” –en sus flancos más débiles– se complementa con otras varias estrategias como la intertextualización trivializadora de poesías o canciones patrióticas (el “Himno nacional”, la “Marcha de San Lorenzo”, “Aurora”), la alusión al “congelamiento” de la historia en “bustos, estampillas, billetes, láminas escolares” (232) o las analogías que rebajan el tema heroico. Pero queda claro que las estrategias ironizantes y desmitificadoras de la novela se encaminan a cuestionar no los justos reconocimientos de los altos actores históricos, sino las exacerbaciones heroizantes que –fijadas en los imaginarios sociales y políticos– descuidan la complejidad de la historia. Y, más aun, ellas pueden relacionarse con la “crisis en el sistema de identificación nacional” que Kohan manifiesta advertir en nuestro presente (“Los próceres...” 31).

Vemos así que *El informe. San Martín y el otro cruce de los Andes*, contrariando las expectativas generadas por su título –el centramiento en la reescritura ficcional de la gesta del héroe máximo del panteón argentino– remite a un amplio espectro significativo que privilegia cuestiones metahistóricas o aun otras problemáticas nacionales y continentales.

A modo de conclusión recordamos la insistencia con que se ha adscripto a la nueva narrativa histórica: el afán desheroizante. Sin embargo, es fácil advertir que las recuperaciones del tiempo de la independencia y de los Padres de la Patria, tienden más bien a una visión complejizadora e inclinada, en todo caso, a la preservación de sus dimensiones enaltecidas.

En el caso de San Martín, las irradiaciones de su consagración en la memoria social, vuelven innecesario su protagonismo dentro del sistema de representación literaria. El héroe sobrevive a las más variadas formas del descentramiento ficcional, del mismo modo que su presencia sigue actuante, a través de los tiempos, como una “ficción orientadora” del vivir colectivo.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson Imbert, Enrique. “Notas sobre la novela histórica en el siglo XIX”. *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires: Raigal, 1954. 26-46.
- Barcia, Pedro Luis. *Nueva historia de la nación argentina*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia-Planeta, 2001. v. VI.
- Bioy Casares, Adolfo. “La novelesca y *La novia del hereje*”. Introducción a *La novia del hereje o la Inquisición en Lima* de Vicente Fidel López. Buenos Aires: Emecé, 2001. 11-5.
- Borges, Jorge Luis. *La moneda de hierro*. Buenos Aires: Emecé, 1996.
- Busaniche, José Luis. *San Martín visto por sus contemporáneos*. Prólogo de Rafael Alberto Arrieta. Buenos Aires: Solar, 1942.
- Carlyle, Thomas. *Los héroes*. [1840]. Madrid: Globus, 1995.
- Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969.

- Chibán, Alicia. "Vivir, escribir, pensar la historia: *El informe. San Martín y el otro cruce de los Andes* de Martín Kohan". *La literatura Iberoamericana en el 2000. Balances, perspectivas y prospectivas*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2003. 874-9.
- Colmenares, Germán. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: Tercer Mundo, 1989.
- Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte, 1994.
- _____. *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: CEP, 1989.
- Costa, Ricardo Lionel y Danuta Teresa Mozejko. *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*. Rosario: Homo Sapiens, 2001. 89-119.
- Fuentes, Carlos. *La campaña*. Buenos Aires: FCE, 1990.
- Giraldi Dei-Cas, Norah. "Artigas en la literatura uruguaya: utopía, crisis y apocalipsis de una nación". *Crisis, apocalipsis y utopías. Fines de siglo en la literatura latinoamericana*. Actas del XXXII Congreso del ILLI. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000. 390-6.
- Heredia, José María. "Ensayo sobre la novela". *Estudios sobre escritores de América*. Enrique Anderson Imbert, ed. Buenos Aires: Raigal, 1954. 33.
- Jitrik, Noé, "De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana". *The Historical Novel in Latin America*. Daniel Balderston ed. Gaithersburg: Hispamérica, 1986. 13-29.
- Kohan, Martín. *El informe. San Martín y el otro cruce de los Andes*. Buenos Aires: Sudamericana, 1997.
- _____. "Muerdo contento". *Cuentos de historia argentina*. Buenos Aires: Alfaguara, 1998. 111-20.
- _____. "El Libertador". *Una pena extraordinaria*. Buenos Aires: Simurg, 1998. 97-121.
- _____. "De héroe militar a Santo de la Espada. La consagración histórica de José de San Martín". *Todo es historia* 397 (2000): 74-85.
- _____. "Los próceres pueden ser personajes de ficción" [entrevista]. *La Maga* (Buenos Aires, 16 de julio de 1997): 30-31.
- _____. "Los dos órdenes de heroicidad (José de San Martín: de Joseph Conrad a Carlos Fuentes)". Ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, realizadas en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta, setiembre de 2001.
- López, Vicente Fidel. *La loca de la guardia*. Buenos Aires: Rovira, 1933.
- _____. "Carta prólogo". *La novia del hereje o la Inquisición en Lima*. Buenos Aires: Emecé, 2001. 19-27.
- Lotman, Yuri M. *Estructura del texto artístico*. Madrid: Istmo, 1982.
- Lukács, Georg. *La novela histórica*. [1955]. México: Era, 1977.
- Monte, Domingo del. *Revista bimestre cubana* 5 (enero-febrero 1832): 31-32.
- Moreno, Fernando. "La novela de la historia". *Historia y lingüística: homenaje al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile-Sede Valparaíso*. Valparaíso: Editorial Universidad de Playa Ancha, 2000. 140-53.
- Mujica Láinez, Manuel. "Un granadero-1850". *Misteriosa Buenos Aires*. Buenos Aires: Sudamericana, 1975. 273-81.

- Pacheco, Carlos. "Historiadores de papel: la metahistoria en la reciente ficción hispanoamericana". *Crisis, apocalipsis y utopías. Fines de siglo en la literatura latinoamericana*. Actas del XXXII Congreso del IILI. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000. 270-5.
- Palma, Ricardo. *Tradiciones peruanas (1872-1910)*. 6 v. Madrid: Espasa-Calpe, 1954.
- Roux López, Rodolfo de. "La insolente longevidad del héroe patrio". *Héros et nation en Amérique Latine. Caravelle* 72 (1999): 31-43.
- Rovira, José Carlos. "Sistemas de emergencia del pasado en la literatura del siglo xx". *La literatura iberoamericana en el 2000. Balances, perspectivas y prospectivas*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2003. 452-8.
- Salas de Lecuna, Yolanda. *Bolívar y la historia en la conciencia popular*. Caracas: Instituto de Altos Estudios de América Latina-Universidad Simón Bolívar, 1987.
- Shumway, Nicolás. *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Buenos Aires: Emecé, 1995.